

**ANTOFAGASTA
EN 100 PALABRAS**



**LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA NOVENA VERSIÓN DEL CONCURSO**

**ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS:
LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA NOVENA VERSIÓN DEL CONCURSO**

© Fundación Plagio
Marzo de 2019

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio
Edición | Vicente Braithwaite
Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez
Ilustraciones | Hombre Hada, Claudio y Lino

Inscripción n° A-300463 en el Departamento de Derechos Intelectuales
ISBN: 978-956-9304-28-6
Tiraje: 20.000 ejemplares
www.antofagastaen100palabras.cl
Impreso en Santiago por Aimpresores

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

**ANTOFAGASTA
EN 100 PALABRAS**



**LOS MEJORES 100 CUENTOS
DE LA NOVENA VERSIÓN DEL CONCURSO**

Con este libro acompañamos el lanzamiento de la décima versión de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS, un hito en la historia del concurso. En estos diez años de colaboración ininterrumpida, hemos abierto un espacio de participación y creación a la ciudadanía, que año a año se ha involucrado e identificado con la invitación a plasmar sus distintas visiones de la región. Como ESCONDIDA / BHP estamos muy contentos de ser parte de este proyecto, que en una década ha crecido no solo en el número de cuentos enviados, sino también en el impacto que ha significado para los habitantes de la Región de Antofagasta. Sumadas las nueve versiones de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS, hemos recibido casi 35 mil relatos originales, escritos por habitantes de todas las comunas de la región, que así han dado muestra del interés por la lectura y la escritura creativa entre los chilenos.

La presente publicación de los cien mejores cuentos de la novena convocatoria de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS representa el comienzo de esta gran celebración. La invitación es a recorrer la Región de Antofagasta a lo largo de estas páginas y a través de la mirada de sus habitantes, especialmente de los niños y jóvenes, protagonistas de esta última versión. Esperamos que estas historias motiven a los lectores y lectoras a compartir sus propias experiencias.

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS es parte del Programa Anual de Cultura de ESCONDIDA / BHP, que a través de la música, el teatro, las artes visuales, el cine y la difusión de ideas, entre otras disciplinas, aspira a fomentar la creación, el pensamiento crítico y la reflexión, además de contribuir al empoderamiento cultural, la calidad de vida y la cohesión social de los habitantes de Chile y la Región de Antofagasta.

ESCONDIDA / BHP

Durante estos diez años de historia de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS hemos sido parte de la construcción colectiva de la memoria de la región. Los más de 35 mil cuentos escritos por los habitantes de Antofagasta a lo largo de las nueve convocatorias del concurso, dan buena cuenta de cómo se ha configurado el territorio en la última década y de cómo los ciudadanos se han adaptado a los cambios sociales que han sucedido en la región. Migración, feminismo, preocupación por el medio ambiente y una marcada nostalgia por los años de esplendor de la industria salitrera son algunos de los temas más recurrentes en los cuentos finalistas de las últimas convocatorias.

Este libro, que acompaña el lanzamiento de la décima versión del concurso, es una prueba de que todos podemos ser creativos, de que la creación no está reservada para un pequeño grupo tocado por la varita mágica de la genialidad y la capacidad artística. Desde nuestros

inicios como Fundación Plagio, nuestra misión ha sido democratizar la cultura y abrir espacios de expresión a la ciudadanía. En esta nueva etapa de ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS, agradecemos a los miles de participantes que han compartido su visión de la ciudad a través de un relato en cien palabras e invitamos a todos los nuevos lectores que reciban este libro —en las calles de la región, en las bibliotecas, en los colegios— a que se tomen este espacio y lo hagan propio.

FUNDACIÓN PLAGIO

**antofagasta
en 100 palabras**

Señora Norma

Todos los años la señora Norma esperaba contenta la ascensión al cerro El Ancla y se instalaba afuera de su casa en la calle Buenos Aires para ver cómo los deportistas bajaban corriendo. Se mataba de la risa cuando alguno se caía y rodaba cerro abajo levantando una polvareda. Hace poco la señora Norma vivió su propia corrida por calle Buenos Aires, cuando se le cayó una bolsa de naranjas; dio dos pasos rápidos y se tropezó. Su esposo se demoró varios minutos tratando de pararla con el ataque de risa que a ella le dio.

DAMIÁN RODRÍGUEZ OLIVARES, 32 años, Antofagasta.

Vivir sin miedo

Siempre están en la esquina de Sabella con Prat pidiendo monedas a los conductores. Ella gesticula y grita. Él está en silla de ruedas, le amputaron una pierna y sobrevivió para contarlo. Están mugrientos y borrachos. Comen sobras de la basura. Su patrimonio cabe en una bolsa. A veces pelean, otros días ríen con sus bocas desdentadas. Saben que la muerte los ronda, por eso no se detienen, se arriesgan, se aman y viven su locura sin pudor frente a nosotros que, de tan ingenuos, creemos suficiente pasar de largo y no mirarlos para evitar compartir el mismo destino.

GLORIA PEDRAZA DEL PORTILLO, 41 años, Antofagasta.

Nació mojando las redes

Creció bañándose entre corvinas, jureles y remos. Formó su cuerpo trabajando sobre el mar y frente al cerro. Los pescados le llenaban el bote; el viento y la sal le curtían el pellejo. Hoy, viejo, camina seco bordeando el paseo costero, y mientras su mente boya desde la caleta hasta el puerto, sus recuerdos centellean como cardúmenes de anchoas o dientes de pejeperro. Al contemplar su reflejo, su mirada se encalla en el fondo yermo, y se rebalsan las últimas lágrimas salobres de sus ojos tiesos, que caen desapareciendo, como los peces que hartaban este océano desierto.

HERNÁN RETAMALES LOO, 31 años, Antofagasta.

Alguien lo hará por mí

Lunes con sabor a verano, aunque lo único de verano que tiene es este calor intenso que impregna la saturada 104. Veo caras brillantes, gotas de sudor, pero también una posibilidad: la ventana. Antes de accionar, recuerdo estos siete años en micro durante los cuales la ventana, no deseando ser abierta, ha sido más fuerte que yo. Si me levanto a abrirla: 1) Seré una heroína; 2) Mostraré debilidad en la lucha. Prefiero no hacer nada y aguantar. Quizás alguien con más valor esté pensando lo mismo que yo.

CONSTANZA PALAPE CARRAZANA, 22 años, Antofagasta.

Las nubes

Ahí estaba sentada en la fina arena de la playa Juan López, mirando las hermosas nubes tan blancas, que se entrelazaban como la arena de Juan López en mis manos.

YAHIEL CAMPOS VARGAS, 11 años, Antofagasta.

El ancla oxidada

Mi papá llegó un día con una gran ancla oxidada a la casa. Mi mamá, alterada, le dijo que no trajera leseras que ensucian la entrada. Él, en cambio, traía la ilusión en sus ojos de un pasado que añoraba, que quería conservar para siempre, un exinfante de Marina con su nostalgia de seguir sobre el mar. «Si pudiera vivir al lado del mar, ¡lo haría!», dijo mi papá en respuesta de las quejas. «¡Pues quédate con tu mar!», concluyó mi mamá. Yo, intentando apaciguar las olas, barría y trapeaba la sucia entrada. Mi papá me sonrió.

LUCÍA MOLINA AHUMADA, 29 años, Antofagasta.

Herencia materna

El bisabuelo materno era catalán, arrancó al norte de Chile para no ir a la guerra en África. El otro bisabuelo materno era calabrés, y la bisabuela también, pero de origen albanés. Su madre nació en Pampa Unión. Ella nació en Antofagasta. ¡Qué carácter!

MARCELA PRIETO FERRARO, 59 años, Antofagasta.

Avenida Brasil y sus patos gigantes

Como cada sábado, era día de aventura. Mi madre me dijo que si almorzaba toda la comida podríamos salir a jugar. Mientras me comía el caldito de pollo que me preparó mi abuela, elegía mentalmente mis herramientas de viaje a la selva. Llegamos, y lo primero que exploramos fueron los patos gigantes que, al tocarlos, podían correr tan rápido como un superhéroe. Pero eran tan salvajes que tuve que sentarme sobre ellos hasta lograr que me obedecieran. Esa vez no pude disfrutar de los toboganes mágicos, ya que era hora de marcharnos. Mi madre dijo que volveríamos el próximo sábado.

SEBASTIÁN PÉREZ FERNÁNDEZ, 12 años, Antofagasta.

Té nortino

¿Cómo identificar a un nortino en otra ciudad? Cuando su taza de té es más grande que el pan que se está comiendo.

KAREN ARAYA ACOSTA, 31 años, Antofagasta.

Veinte pesos

Solo tenía veinte pesos para el berlín. La señora, con una sonrisa lejana y amable, le daba un empolvado cariñoso al único que le quedaba. Entre comprar una paleta o un maní confitado, yo sabía que con los veinte me daría el berlín. De pronto escuché el pitazo del árbitro y sentí la galería gritar eufórica. Al fin estábamos en primera división, y era tan maravilloso como el primer mordisco al berlín. La señora se llamaba Juana, siempre iba al estadio a vender cuando jugaba Antofagasta. Después de eso, comprarle a ella fue mi cábala.

HÉCTOR ARANCIBIA ÁLVAREZ, 40 años, Antofagasta.

Subsistencia

En plenas ramadas de la Chimba, Artemio arrendaba un viejo caballo alazán para ofrecer cortas cabalgatas. Los curiosos interesados esperaban montar el corcel. Algunos irradiaban osadía; otros, temor. En cada vuelta Artemio caminaba junto al equino, cuidando de los noveles jinetes. Una tarde, al terminar la jornada, montó su caballo y se fue cabalgando por Pedro Aguirre Cerda. Pronto se detuvo frente al ex Club Hípico, el Hipódromo Isidro Bosch. Palmoteando el cuello del animal, recordó sus inolvidables triunfos en la desaparecida pista. Luego, tomándole una oreja, le susurró al oído: «¡Gracias, campeón, por compartir nuestra subsistencia!».

MANUEL DÍAZ ZAMORA, 71 años, Antofagasta.

El ancla

En el 2118, en Antofagasta, hubo un tsunami tan grande que el agua llegó al ancla del cerro, y el ancla pudo cumplir su sueño... pudo navegar.

JOSÉ LUIS ROJAS HUERTA, 11 años, Antofagasta.

Escapada

Cuando el Matadero quedaba en calle Bellavista era común salir arrancando, porque se escapaba un toro. La Poza del Cuadro era un buen refugio. Era como si el animal hubiese sabido en lo que se convertiría después, el pobre.

ALLAN CORTÉS ROMERO, 71 años, Antofagasta.

El lenguaje de mi ciudad

Mi ciudad tiene mucho de qué hablar: los monumentos se ponen orondos cuando son homenajeados. La Costanera es una flaca coqueta a la que le gusta que los autos le hagan cosquillas. Los cerros morenos pasan estornuando en las mañanas de otoño. En verano las cortinas se guardan hasta el invierno. Las canchas de tierra hacen cachañas a las pelotas. Y lo que más me gusta de Antofagasta es que los chumbeques le hacen la guerra a los dulces de la Ligua.

EMINEN FIGUEROA BARROS, 12 años, Antofagasta.

Paseando pasados

«Cuando la vida te quita tu primer amor, el Paseo Prat te lo devuelve», es lo que pensé, mientras veía aparecer su cara un tanto más madura pero igual de amigable. No le hablé, no me atreví; me conformé con seguirlo con la mirada hasta que lo perdí de nuevo, por ahí, cruzando la Plaza Colón.

ESTER RAMÍREZ COLLAO, 33 años, Antofagasta.

El mapa del tesoro

Después de comprar pescado en Coloso, una pala en los chinos del centro y frutas en la Vega, estuve listo para encontrar el tesoro. Escabé debajo del arco de piedra, pero solo encontré un cofre de cobre y sal.

LUCAS ROEMPLER ALVEAR, 12 años, Antofagasta.

Se activaron por error

Era un 16 de octubre de 2017, él se inclinaba de la silla para observar con disimulo la oficina de su compañera. Odiaba el trayecto entre su sala y la suya, los siete pasos contados, los casi cincuenta clips que imaginaba como puente romántico de sus deseos. Ya le había pasado una vez que por error (de estar enamorado) había quitado el silencio de las alarmas, dejando un caos en la ciudad. Ese día, el contacto de sus ojos y la sonrisa tímida en los labios, correspondida, fueron más ruidosos que la alarma de tsunami.

ALONDRA BARRAZA CRESPO, 27 años, Antofagasta.

Colado

«¿Quién es ese niño?», me preguntaron una vez más. «Él estaba antes y no quiso bajarse para que me sacaran la foto», respondí. Así, quedó inmortalizado en el álbum familiar ese niño desconocido, el león y yo, en aquellos tiempos en que las fotos se revelaban y eran especiales.

GABRIEL SANTANDER ZEPEDA, 38 años, Antofagasta.

Plaza Colón

Los sones armoniosos de la banda instrumental que tocaba la retreta de los días domingos llenaban los ámbitos alrededores a la plaza. Las palomas volaban asustadas del ruido. Nosotros corríamos a mirar de cerca a los uniformados. Con qué maestría tocaban. Reíamos inocentemente al ver cómo se inflaban las mejillas del señor de la trompeta o al preguntarnos por qué siempre al gordito le tocaba el bombo. Oíamos desde marchas militares hasta algún vals o «El barrilito de cerveza». Pasábamos por debajo del arco del Kiosco; decían que era bueno hacerlo, porque si nos íbamos de Antofagasta, algún día volveríamos.

TERESA CÁRCAMO ALFARO, 75 años, Antofagasta.

El tipo de la flauta

Cuando estoy en clase de Lenguaje, se escucha una linda melodía de flauta desde Orella, y de repente todos en la sala se paran diciendo: «¡El cuchillero! ¡El que afila los cuchillos!». Y yo me imagino una escena muy parecida al flautista de Hamelin.

ARTURO ARAYA RODRÍGUEZ, 11 años, Antofagasta.

El secreto de la Portada

Mi bisabuelo me contó una vez que hacía mucho tiempo en Antofagasta existían tres sirenas, llamadas Pormana, Tatiana y Daniela. Ellas un día se enamoraron de tres marineros (con los que posteriormente se casaron). Un día los marineros desaparecieron, las sirenas lo único que hicieron fue esperar y llorar. Pasó mucho tiempo y sus prometidos nunca aparecieron. Se dice que por tanto llanto y lágrimas, las sirenas se transformaron en una roca en forma de arco, al que los habitantes de Antofagasta llamaron Portada, por la primera sílaba de los nombres de cada una.

ANTONIA SARRIA BRONDA, 12 años, Antofagasta.

Coyac

«¿Desde cuándo los coyac valen cien?», se preguntó el santiaguino. «Desde que se dice “chupete”», respondió la nortina.

VICENTE LÓPEZ HERNÁNDEZ, 12 años, Antofagasta.

Las fotos de mi abuela las guardo al revés

PRIMER LUGAR

Ana Gladys Ramírez Pineda, oriunda de María Elena, tenía dos lunares en el mentón. Dos puntos bordados y tejidos en ocre ubicados con extraordinaria precisión antes de llegar al vértice de su cara, uno al lado del otro. Se formaba entonces un segundo rostro que, volteada sobre la cama y con la cabeza inclinada, observaba con tierna curiosidad su compañera.

ALONDRA BARRAZA CRESPO, 27 años, Antofagasta.



Silencio

En medio del desierto, cuando te abrume la inmensidad de la pampa y la total soledad, si pones atención sentirás el silencio murmurar. Hablar. Gritar. Porque sí, cuando está lejos de la ciudad, entre rocas y tierrales, el silencio clama por ser oído. Lloro por narrar las peregrinaciones de los hombres perdidos en sus dominios buscando nidos de alicanto. Suplica por revelar los secretos del pasado y el futuro sepultados por la sal. El silencio muere por hacerse escuchar.

FELIPE NÚÑEZ MARTÍNEZ, 25 años, Antofagasta.

Milagro

Ni rezándole al Evaristo Montt algún día me dejarás de mentir.

CATALINA MEZA JARA, 15 años, Antofagasta.

Amor de colegio

Una carta de hojas de cuaderno descansa en su mochila después del recreo, mojada por gotas de jugo que destiñen todo lo que pudo ser y jamás fue.

QUIMEY GONZÁLEZ VEGA, 15 años, Antofagasta.

Memoria ciudad

Olegario Otaíza, de 92 años, sentado en la terraza de su hogar frente al mar, siente que la vista se le nubla entre las sombras emergentes de los edificios circundantes. Un viento helado remueve los largos cabellos de su cabeza casi rala; entonces, desde los sortilegios de su memoria, cree ver un galeón español zarpando sin retorno desde la rada alledaña al Hotel Antofagasta.

LUIS NÚÑEZ PIZARRO, 46 años, Antofagasta.

Cojinova

MENCIÓN HONROSA

En esta bolsa pareciera que llevara unas cojinovas, pero son mis zapatos de fútbol, arqueados, grisáceos, que se retuercen en la bolsa como dos peces que se quedan sin oxígeno.

RODOLFO HENRÍQUEZ LEÓN, 39 años, Antofagasta.

El gran Láscar

El pauna Láscar soñaba con ser un gran volcán. Un día decidió emprender una aventura para conseguir su objetivo, pasando por el desierto de Atacama. En su camino se encontró con un *zuri* que le pidió ayuda para rescatar a su cría. Láscar lo ayudó lanzándose al canal. Los *zuris* le ofrecieron comida, pero dijo que no podía quedarse ya que debía seguir su aventura. Al llegar a los pies de Licancho, este le dijo: «Láscar, espera tu destino pacientemente». Láscar vivió tranquilo hasta su muerte, tras la cual se convirtió en el gran volcán Láscar, junto a Licancho.

CONSUELO LEWIS GAVIA, 17 años, San Pedro de Atacama.

Amores de carnavales

Le vi entre unas máscaras de diablada, justo luego de la tercera saya que se mandaba el andino más andino de todos los que allí andaban. Y justo cuando me le iba a acercar, ¡zas!, que lanzan un grito. De esos que te dejan medio sordo. Y hasta allí se quedó mi dulce tentación...
¡Amores de carnavales!

ANITA VILLEGAS CANCINOS, 32 años, Antofagasta.

La revolución obrera

Nació de la tierra, creció entre la rabia y la sal. De a poco, lentamente, le ganó terreno a la apatía, a la resignación, al cansancio, todas enfermedades terminales de sus hermanas. Al finalizar cada día de trabajo, se hacía poderosa, transversal. Cuando estuvo lista, levantó los brazos, alzó las voces, emprendió las marchas, despacio, pero ganando multitudes. Por las calles de Antofagasta se paseaba, sumando, siempre sumando. Cuando se acercaba a la Plaza Colón, ya no había duda: estaba madura. Los fusiles trataron de pararla. Menos mal que las ideas son a prueba de balas.

MARTÍN ARIAS LOYOLA, 34 años, Antofagasta.

Ancla

¿Se han preguntado por qué el ancla está al revés? No es para los botes, es para los aviones.

ALEJANDRO CÁCERES ZAMORANO, 17 años, Antofagasta.

La micro 107 y el obrero

Un día en la micro 107 me encontré un anillo dorado y con algo escrito, pero no pude ver qué decía, ya que las letras eran muy pequeñas. Al llegar a mi casa lo miré por un largo tiempo, sin entender de qué podía ser. Unos días después le pregunté a mi profesora de historia si lo reconocía y, con la cara muy asombrada, dijo que era el anillo de un famoso obrero antofagastino. Después de un tiempo tuve la oportunidad de conocerlo y saber de su historia. La historia era muy impresionante y él era un obrero del salitre.

CELINNA RAMÍREZ ROBLES, 12 años, Antofagasta.

Desierto florido

Ahora se usa la palabra «resiliencia», pero eso ya lo sabían las flores que crecen todo el año en medio de las tremendas piedras partidas de la quebrada La Chimba.

ALLAN CORTÉS ROMERO, 71 años, Antofagasta.

Ruinas de Huanchaca

Se decía por ahí que las ruinas de Huanchaca eran cuevas que ocupaban los mineros para esconderse de los dioses de los metales, pues a ellos no les gustaba que sacaran sus recursos. Con los años los metales se fueron extinguiendo y, junto a ellos, los dioses se fueron deshaciendo. Hoy nos cuentan que estas ruinas eran hornos, pero solo para no asustarnos, por si es que algún día los dioses resucitan.

FERNANDA LÓPEZ MANDIOLA, 14 años, Antofagasta.

Ciudad y sol

La madre avanzaba pausadamente por el sendero árido de la cordillera del norte. El perro seguía sus pasos, en una historia repetida, cíclica y remota. Al llegar a la cima del campamento, el viento, confundido con un grito, les trajo la noticia. El sol estaba sobre ellos y desde cualquier parte de la tierra podían sentir la más perfecta calidez. El padre encontró trabajo, la ciudad y el sol habían cambiado.

ALFREDO GUTIÉRREZ FUENTES, 40 años, Antofagasta.

Juego de pistolas

Fornite era un juego de PS4, pero un experimento falló y el juego cobró vida. Jonny, Tatan y Dilan fueron elegidos para jugar el juego y representar a Antofagasta. El juego comenzó y preguntaron las edades. Dilan dijo «11», Tatan «13», Jonny «7». Si ellos perdían, borrraban la ciudad. Dilan quedó eliminado. Tatan igual. Jonny era la salvación. Era uno contra uno. Jonny disparó y ganó la batalla, ya que mató al contrincante, y Antofagasta quedó como la mejor ciudad del mundo. Pero esto no termina, continuará...

DILAN OJEDA AGÜERO, 11 años, Antofagasta.

Nuestra nueva despensa

Cuando pequeña acompañaba a mi abuela al Mercado para abastecer la despensa: papas y tomates del sur, queso de Ovalle, una trenza de ajo y sandía a precio de oro. Hoy me toca hacerlo con mi hija: camotes, ají amarillo, cai-gua, panela, plátano verde y la infaltable harina de maíz para que la señora Noelia prepare sus deliciosas arepas.

ROSA SALAS NÚÑEZ, 38 años, Antofagasta.

Pensión alimenticia

No sé qué se demora más en llegar: mi pensión alimenticia o la 102.

RASCHIM ASTORGA ARAYA, 14 años, Antofagasta.

Galeón

Fue una discoteque, fue un restaurant, fue vecino del Hotel Antofagasta y solía ser visitado por la aristocracia de la ciudad. En su entrada tenía dos leones de piedra. Escuchó muchas historias de viajes, barcos, tesoros, piratas y océanos. Solo soñaba con abrir sus velas al viento, girar su bauprés al mar y navegar. Pasaron los años y con ellos llegó el olvido. Perdió las historias, su lugar, sus leones, pero nunca su grandeza. Hasta el último día dio abrigo a mendigos y borrachos. Un día lo vi arder en llamas tratando desesperadamente de girar para ver el mar.

CÉSAR EYZAGUIRRE ÁLVAREZ, 39 años, Antofagasta.

Para mi padre

Fue uno de los fundadores de la Coviefi, en el extremo sur de Antofagasta, por los años 70. Toda su vida la pasó mirando el cielo desde la casa de Santa Inés, casi llegando al puente. Cuando su mente se descolgó de esas realidades, le quedó en algún intersticio de la memoria el ruido que hacía el viento cuando bajaba, con fuerza, de la quebrada La Negra hasta llegar al mar.

VÍCTOR BÓRQUEZ NÚÑEZ, 57 años, Antofagasta.

Por la Plaza Colón

Dicen que quien atraviese los arcos del Kiosco de Retreta en la Plaza Colón, obsequio de la colectividad croata, nunca abandonará Antofagasta. Metros más allá, en el centro de la plaza, contemplo unos segundos la torre-reloj, «réplica» del Big Ben, de la colonia británica. Entonces continúo hasta mi favorito, el león bronceado español, en cuyo lomo generaciones de antofagastinos se han fotografiado. Me siento en una banca y prendo un cigarro, mientras observo el barullo del proceso de regularización migratoria 2018, y no puedo evitar pensar que algún día colombianos y otros latinoamericanos también tendrán su espacio en esta plaza.

ELÍAS YURI RODRÍGUEZ, 36 años, Antofagasta.

Tú no sabes

Ya tengo ocho años, y cuando miro el sol poniéndose en el mar, ¡sé al fin dónde va! ¡Se lo traga el mar y lo va a dejar al desierto! «¡Tú no sabes!», me gritaron todos, pero yo sí sé, lo estoy buscando con mi pala y mi balde. Y un día de estos, cuando encuentre un chorro de rayos estelares, me los guardaré en los bolsillos, para poder brillar.

SAMUEL VARGAS VILLEGAS, 8 años, Antofagasta.

Un viaje común

«Vamos, hija», me dice, con su voz entusiasta. Nos embarcamos en Buses Camus, como él lo hizo rumbo a Antofagasta y sin pasaje de regreso años atrás, en 1975. En la calle José Santos Ossa me cuenta las mismas historias del San Luis: al salir del colegio iba a la panadería El Sol por unas hallullas y queso; luego de tomar té, se dirigía a la cancha municipal. Los ojos de mi padre brillan cada vez que recuerda su adolescencia en este puerto, una adolescencia llena de travesuras y sabores, especialmente del Chocolito de la heladería Super Polar.

YESSÉNIA DÍAZ PIZARRO, 20 años, Tocopilla.

La reina de los lobos marinos

La señora cuidadora de autos de Coloso sorprendentemente se tiró al mar. De inmediato la alcanzaron los cuatro lobos marinos que estaban en la orilla y la rodearon como si fuera la reina de la manada.

SERGIO PINTO TAPIA, 13 años, Antofagasta.

Ring de leyendas

Y en una esquina: don Sergio, con 84 años, llamado «el piezas locas»; en la otra esquina: don Pepe, «el carnicero de jugadas». Nadie sabe quién ganará. Vengan a ver el combate en la Plaza Colón, a las 9:00 am.

HÉCTOR SILVA SAAVEDRA, 17 años, Antofagasta.

Esfuerzo

Raya otro día en la fría y desierta pampa nortina, y en una pequeña cabaña junto a un brasero está don Evaristo, listo para salir a trabajar. Don Evaristo ha llegado desde el sur y con esfuerzo ha logrado adaptarse a esa dura vida. Allá quedaron su mujer y una hija, que ansían su regreso. Al caer la noche con su oscuro manto negro, don Evaristo regresa a su cabaña. Junto a su cama tiene una vela, una imagen sagrada y una foto de su familia, que besa y abraza. Apaga la vela y cierra sus ojos para seguir luchando.

JUAN OLGUÍN MORALES, 46 años, Antofagasta.

Cuento escrito en una actividad literaria realizada en el Centro de Cumplimiento Penitenciario de Antofagasta.

Los diez mejores mendigos

Ambos eran acomodadores de autos, estaban en plena faena frente a la clínica, vestían ropas gastadas y sucias. Con los trapos en la mano, se abrazaron afectuosamente, y uno de ellos dijo: «Ahora estás dentro de los diez mejores indigentes de Antofagasta». Sigo pensando quiénes serán los otros nueve.

MONTSERRAT CAMPOS TAPIA, 15 años, Antofagasta.

La garza del Parque Japonés

Se elevaron al cielo y los vi alejarse. Yo aún no podía volar. Mi plumaje blanco llama la atención a los que pasean por el Parque Japonés. Quien me ve, me retrata; algunos dicen: «Haré una *selfie* con ella». Acostumbrada a ellos, no les temo. Panchito, el jardinero, cuenta mi historia infinitas veces a quien quiera preguntar cómo llegué aquí. «En invierno las garzas viajan desde el sur hasta los humedales de Quebrada de Carrizo. Esta garza pequeña no pudo volar con la bandada». Mientras soy la admiración de antofagastinos y turistas, espero la llegada de mi gran familia.

ALEXANDRA ÁVILA ORTEGA, 26 años, Antofagasta.

Campamento

PREMIO AL TALENTO JOVEN

La conversación gastada de siempre, las caricias vencidas, el *pusho porfiao* que ya no quería prender. Intentábamos contar con nuestros dedos esas somnolientas zapatillas colgadas al cableado eléctrico que adornaban el empinado camino hacia mi hogar, no muy lejos de hacia donde me mandaste después de un rato conmigo. Quedaba entre el olvido y la chucha. Te aburríste de mí, me mandaste a la punta del cerro. Al menos aquí mis vecinos pueden consolarme y prestarme un pedazo de confort para secar estas líricas lágrimas.

BASTIAN ROJAS BARRAZA, 18 años, Antofagasta.





Ajedrez en la Guerra Fría

El anciano atendía un centro hidráulico en calle Argentina. Nunca lo vi vender un solo litro de aceite, su vista fija en el tablero de ajedrez. Al volver del colegio ahí estaba, enjuto, una mano en su rostro barbudo, esperando que alguien entrara. Un día lo hice, lo saludé y le pregunté si jugaba. «No», respondió, «analizo por qué Boris Spassky no jugó como debía». Y me explicó que en la sexta partida, Fischer comenzó con 1.c4, un caso raro, y no jugó 1.e4, destruyendo cualquier preparación de Spassky, humillando así a la Unión Soviética y al Partido.

CRISTIÁN MUÑOZ TORRES, 58 años, Antofagasta.

Vida digna

Vivo cerca de un barrio industrial, donde siempre veo a los trabajadores en apuros. Día y noche oigo la bulla de las maquinarias. Ellos saben que para darle todo a su familia tienen que perderla.

EMILIA ARAYA AMPUERO, 14 años, Antofagasta.

La casa de mi abuela

Su casa siempre tenía un aroma a rosas que me encantaba cuando pequeña. Cuando me cocinaba galletas, el olor se mezclaba con las rosas, algo inolvidable.

ANTONIA BARRAZA VALDIVIA, 12 años, Antofagasta.

112 años de soledad

Su opiáceo fue, durante largo tiempo, pasear sin compañía y sin rumbo por el centro de la ciudad. El recuerdo de su padre flotando en charcos de sangre revivía por las noches y los domingos, cuando visitaba la Plaza Colón sin falta a las 5 de la tarde. Luego tomaba el camino hacia la costa, acelerando el paso, como huyendo de un tiránico titán. Al llegar a su casa lo esperaba el insufrible lecho. Cuando descansaba volvía a amar, volvía a creer. Pero otras veces, se diría que casi siempre, al caer el día volvía a perderse.

MATÍAS CORNEJO CORROTEA, 27 años, Antofagasta.

Chinita

Desde siempre a lo largo de su vida, cada 24 de diciembre, justo afuera de su casa, se ha llenado de colores, música y gente con extraños trajes. Antes su mamá la sacaba de casa para que bailara y saltara, y ella pensaba que era una fiesta muy divertida. Ahora, a sus cinco añitos, ya puede entender que no es una fiesta cualquiera. Es la fiesta para la virgen de Andacollo, «la Chinita», como la llaman.

LORAINE UGALDE IGONI, 36 años, Antofagasta.

Solo un aleteo

Una vez me dijeron: «En el norte están todos amargados, la gente es apática. Nada parecido al sur». Estuve pensando en esto por varios días, más que nada en la noche. Antes de dormir, intentaba encontrar una explicación. En una oportunidad me levanté, salí de mi casa. Ahí estaba ella barriendo la calle. Me miró, la saludé y sonrió.

GONZALO SEURA BRAVO, 29 años, Antofagasta.

Catorce años

La contrataron de mucama en el rancho de empleados de una oficina salitrera. Su trabajo empezaba antes de las 8 de la mañana y terminaba después de las 9 de la noche. De regreso al lugar donde vivía pasaba por una cancha de básquetbol con piso de ripio. Habían niñas jugando, pero para entrar se debían usar zapatillas; y como ella solo quería recordar su niñez, aunque fuera unos pocos minutos, decidió jugar descalza y olvidar el dolor de pies.

ROSA CORTÉS CORTÉS, 81 años, Antofagasta.

¿Dónde está?

Volando con los vientos de la Coviefi, girando por los pubs de Angamos, flotando en la balsa del Balneario, escondiéndose en lo verde de la avenida Brasil, deslumbrándose ante los atardeceres de la Costanera, aturdiéndose entre las personas del Mall, viajando en los barcos del muelle, sumergiéndose por la playa Paraíso, escuchando la música de la Plaza de los Eventos, tomándose un café en el Trocadero, saliendo de la ciudad por mi Portada. Por ahí va mi bicicleta.

FRANCISCA SANTANDER LARRAGUIBEL, 25 años, Antofagasta.

Solo esa noche

Esa noche el hombre no fue a dormir. Se quedó afuera, mirando el horizonte. No era que hubiera pasado algo importante, ni que tuviera que hacer algo interesante; solo era que le gustó cómo brillaban las estrellas sobre el mar esa noche, y solo esa noche.

IGNACIA SANTELICES HERRERA, 14 años, Antofagasta.

Una relación de colores fantasía

Una mujer no puede tener sentimientos cuando mira al piso y te dice «terminamos» en los escalones más coloridos del Nicolás Tirado.

SEBASTIÁN ROBLES SOLÍS, 17 años, Antofagasta.

Colectivo intercultural

Lleva su auto con más banderas que una fonda del 18. Hoy hay partido. Cuenta que quiere puro irse de Antofa a vivir con su esposa caleña en Santa Marta y comer sancocho. La conoció hace muchos años cuando él fue migrante en Colombia, después de serlo en México y Estados Unidos. Pregunté de dónde era, respondió que de todas partes, pero que había nacido en Curicó. Hoy ven dos partidos en casa, con sus hijos y las camisetas, porque todos tienen doble nacionalidad. Colombiana y chilena. Recobré la esperanza en la humanidad. Sonreí. Le deseé suerte y me bajé.

BENI ZAMBRANO PÉREZ, 32 años, Antofagasta.

Un año menos

Sonaba la voz de Tommy Rey en la radio, los adultos conversaban y mis primos chicos jugaban. Sin llamar la atención, mi tata tomó su silla de madera, la llevó para afuera y se sentó. Le gustaba estar solo y mirar a la calle. Desde su casa, ubicada a la mitad del cerro, veía toda la ciudad y, a lo lejos, percibía la campana del ferrocarril pasar en ascenso. Mientras aguantaba las lágrimas, sintió un leve dolor en el estómago. Salió mi abuela a buscarlo y le dijo: «Entra que te vamos a cantar el cumpleaños feliz».

JOSÉ LUIS CAÑAS ARANCIBIA, 21 años, Antofagasta.

Tour por 500

A veces me subo a la 102 solo para turistar por Antofagasta. Lo mejor es que me sale 500 pesos.

CONSTANZA PAVLOV SOTO, 16 años, Antofagasta.

El balón Chonboila

Había una vez un balón llamado Chonboila, que vivía en una tienda en Antofagasta. Un día un jugador del Colo-Colo entró a comprar un balón y compró al balón Chonboila y jugaron muchas prácticas hasta que llegó el partido: Colo-Colo contra el CDA. El partido fue duro, pero Colo-Colo ganó 3 a 0. Y después fue el partido contra la UC, y ganó 4-2. Y después llegó a la final con la U. Fue demasiado difícil y ganó 5 a 4, y todo gracias al balón.

MATÍAS NÚÑEZ TOLEDO, 10 años, Antofagasta.

Otilia

Otilia trabajó toda su vida en la biblioteca de la Universidad. Tenía conversaciones profundas con todos los alumnos. Egresados jubilados iban a verla. Siempre la encontraba en el almacén de don Jorge; ella vivía al frente, por Riquelme. A mis 15 preguntaba por mis estudios, a mis 20 por mi hermosa hija, a mis 25 si ya estaba casada, y yo le respondía que era hija de los nuevos tiempos. A mis 30 me pedía que la ayudara a caminar y si le podía comprar limones para su queque. A mis 31 se fue, junto al viejo centro.

BEATRIZ ÁLVAREZ OSORIO, 32 años, Antofagasta.

Plan B

Por suerte tenemos otro país para apoyar en el Mundial;
casi ni se nota la diferencia.

CATALINA OLIVARES POZO, 16 años, Antofagasta.

Te paso a buscar

Con mi compadre somos de los que planeamos las cosas una sola vez, y así va a ser. Poco tiene que ver cómo vaya el CDA en la tabla: es fútbol y lo disfrutamos igual. «Te paso a buscar y nos vamos a pie», me dice. Unos cigarros donde la vecina y elegimos qué encendedor sacrificar, nunca el regalón. Por el Parque Brasil vamos desmenuzando cómo viene la selección y cómo va la vida. Llegamos al estadio, me impregno de las ganas de un buen resultado. Puede que no lo notemos, pero este ritual lleva casi diez años.

RUBÉN SELTI TAPIA, 29 años, Antofagasta.

Los del 91

Estoy en mi cama, siento pasos y bolitas rodar. Le pregunto a mi mamá por esos ruidos y ella me dice: «Son los del aluvión del 91, que nos han venido a visitar».

BENJAMÍN CHÁVEZ ADAROS, 13 años, Antofagasta.

Infancia cosmopolita

MENCIÓN HONROSA

A mediados de 1879, en pleno inicio de la Guerra del Pacífico, el «Chilenito Miguel» y sus amigos, Juanito –de origen boliviano– y Óscar –proveniente de Lima–, jugaban descalzos a la pelota, usando como balón un cráneo humano que habían encontrado en las tumbas antiguas del cementerio de la ciudad. Hoy, casi 140 años después, el tataranieto de Miguel se encuentra en casa jugando PS4 FIFA 2018 con sus dos amigos: Arman, proveniente de Colombia, y José Alfredo, de Venezuela. En ambos partidos el resultado fue, a favor del local, 2 a 0.

MARÍA REYES ESCOBAR, 41 años, Antofagasta.

Recuerdo del ayer

Es verano y el cielo está en llamas, las nubes sonrojadas despiden el ocaso mientras un grupo de personas danza caporal. Al son de los cascabeles y el ritmo de la música, mis pies besan el suelo. Te veo lleno de regocijo. «Antofagasta es hermoso», sonrías, y me besas con dulzura. «Lo es», te respondo.

BELÉN AVALOS CARTES, 19 años, Antofagasta.

Sabores

Mi papá siempre me hablaba del Johnny Beer. Ahí iba a comer pan remojado con jugo de carne después de la universidad. Era todo lo que podía costear en ese entonces. Así galanteaba con mi mamá. Caminaban juntos el trayecto de la sala de clases hasta la parada de la micro y luego al terminal de buses que llevaba a mi papá a Mantos Blancos, donde vivía. Un día fui a ver dónde quedaba el lugar; imaginé sentarme afuera, en la acera, para saborear aquel pan remojado, como lo hacía mi papá, porque ir a la Yugoslava no le alcanzaba.

SOFÍA RAMOS WONG, 36 años, Antofagasta.

Cita fallida

Todo habría sido más fácil si alguien me hubiera dicho que la avenida Brasil y la avenida Libertador Bernardo O'Higgins son la misma.

ERICKA CASTELLANOS MORENO, 44 años, Antofagasta.

Cómo hacer un hogar

Tome varios puñados de su tierra favorita y ubíquelos en el contenedor de su preferencia. Rocíe algunas gotas de esa lluvia tan rara en el desierto y espere hasta que florezca.

ISKANDER GARCÍA CASTELLANOS, 11 años, Antofagasta.

El desafío

Cada día era una prueba de fuego. Se miraba al espejo, dándose ánimos. «Todo va a salir bien», se decía a regañadientes. Se mentalizaba durante toda la mañana. Buscaba sus mejores pilchas para el inminente desafío que debía superar. Los nervios la comían. Cruzaba la puerta, tomaba aire. Su concentración era tal que ni el ruido de los autos ni los bocinazos la sacaban de foco. Caminaba. Sacaba cinco monedas de 100, que empuñaba como una bolsa de oro. Llegaba el momento. La señora Guacolda debía demostrarle a todo el mundo que podía irse sola en micro al hospital.

YERKO AYÁN FIGUEROA, 30 años, Antofagasta.

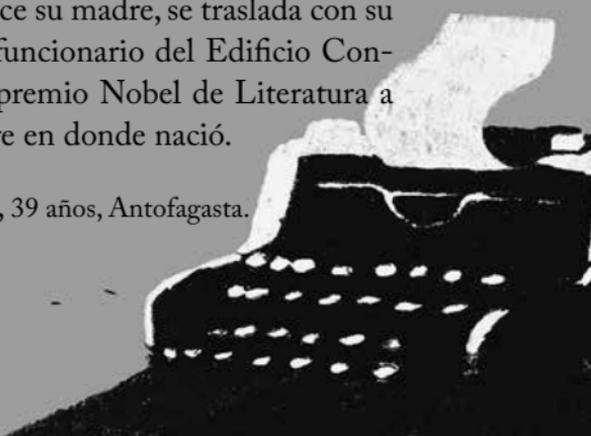
Cronología de un pampino olvidado

MENCIÓN HONROSA

1936: nace en Chacabuco. 1941: estudia en Pedro de Valdivia. 1948: asesinan a su padre, interrumpe sus estudios, trabaja en María Elena. 1952: arma una huelga, veng a su papá, escapa a Calama. 1954: trabaja de rondín en una pulpería de Chuquicamata, lee a Karl Marx. 1957: conoce a Andrés Sabella, escribe un poemario, se casa. 1962: grita un gol de Chile a Yugoslavia. 1963: nace Amelia, su hija. 1967: fallece su madre, se traslada con su familia a Antofagasta, es funcionario del Edificio Consistorial. 1971: celebra el premio Nobel de Literatura a Pablo Neruda. 1973: muere en donde nació.

ALEJANDRO GAROTTI GASEP, 39 años, Antofagasta.

Ilustración de Lino.





Se cumple la leyenda

Paseaba por la Plaza de Armas, distraído entre el gentío. Me llamó la atención una pareja de colombianos que, tomados de la mano, se persignaron y, muy esperanzados, cruzaron por debajo del odeón. Al instante comprendí que sus hijos serían antofagastinos.

GUILLERMO TAPIA ARAYA, 62 años, Antofagasta.

Pequeñas diferencias

Era un día normal caminando por Antofagasta. Yo era chica. Le dije a mi mamá: «¡Mira, una gallina en el techo!». Era un jote.

NATALIA CONTRERAS SEPÚLVEDA, 13 años, Antofagasta.

Un mes

Un día de marzo a las 8.00 am yo te esperaba en la Plaza Olivar. Te habías quedado dormido, entonces te desperté. Nos subimos a la 102 rumbo a Coloso, coreando a Manuel García. «Hasta aquí llego yo», gritó el chofer. Tuvimos que caminar desde Llacolén bajo el sol de las 11 del día. No nos importó, estábamos de cumple mes y nada podía arruinarlo. Mucho menos impedirnos saborear ese ceviche, con harto limón.

BELÉN AVALOS CARTES, 19 años, Antofagasta.

Doce horas

En un bus de Antofagasta a Serena un niño grita cien palabras cada tres minutos. Aún quedan doce horas.

RODRIGO COVACEVICH KARLEZI, 45 años, Antofagasta.

De viaje

Un día mi abuelo me preguntó si había salido del país alguna vez. Le contesté que no, que siempre había estado solo en Chile. Sonriente, me dijo que visitaríamos dos países en un mismo día. La emoción se apoderó de mí y agarré fuerte su mano. Nuestra primera parada por la mañana fue el Parque Brasil. Allí jugué tanto que ni cuenta me di cuando por la tarde ya estábamos descansando en Asia, en el Parque Japonés. Al terminar el día, me prometió que en una próxima me llevaría a Europa. Nuestro próximo destino sería el Parque Croata.

JORGE ROJAS CHAILE, 26 años, Antofagasta.

Aquellos tiempos

Eran los tiempos en que nuestra población no tenía agua potable e íbamos con los tiestos a buscar en los famosos camiones aljibes. Cada vez nos juntábamos en patota los vecinos y corríamos quién llegaba primero a la fila. Eran tiempos hermosos donde esperábamos nuestro turno divirtiéndonos, contando chistes y molestando a nuestro vecino porque le decían «el cabeza de Tarro».

XIMENA BARRAZA BARRAZA, 58 años, Antofagasta.

Cerros azules

Esa mañana Aurora despertó con una idea en su mente: llegar a aquellos cerros azules que veía desde su ventana cada atardecer. «Hoy es el día», pensó. Inició su camino desde la salitrera hacia el horizonte, con la imagen de los cerros en su pensamiento. Azules, una extensión de cielo. Sintió el sol recalitrante en su rostro, no supo cuántas horas habían pasado. En un momento despertó y se encontró en ese pedacito de cielo. Curiosamente, en ese lugar, unos días después apareció una animita en cuya cruz se leía: «Aurora, la niña que soñaba con cerros azules».

PAMELA LÓPEZ LEIVA, 48 años, María Elena.

Nuevo chofer

Me subí a la micro 121 y saludé cordialmente al chofer. «Buenas tardes», me dijo, mientras acomodaba un banderín amarillo, azul y rojo que colgaba del espejo.

PABLO LUCO ALCAYAGA, 27 años, Antofagasta.

Canadá

Me llevaba los sábados a Mejillones y los domingos a jugar al Parque de los Eventos. Fue así por tres años y de pronto ya no apareció más. Mi mamá me dijo que él ahora estaba en Canadá, pero que yo no debía contarle a nadie porque ese era un lugar muy feo para una niña de mi edad, y así fue que pasé mucho tiempo imaginando cómo sería aquel lugar. Transcurridos diez años y un día, aprendí que Canadá tenía grandes rejas por las cuales algunos nunca van a entrar y otros nunca van a salir.

MITZU MUÑOZ TAPIA, 22 años, Antofagasta.

La Coviefi

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Llegamos cuando recién comenzaba a erigirse. Rodeados de cerros, quebradas, pequeñas cuevas y el famoso acantilado, era como estar en medio del oeste, si hasta balazos se escuchaban.

ANA PSIJAS GARGARI, 74 años, Antofagasta.

Once

Fue en la Universidad de Chile, camino a Coloso, donde escuchamos la noticia. En el casino se hizo una asamblea para analizar la situación. Los más viejos esperaban órdenes, nosotros decidimos pelear. Como pudimos llegamos al centro y marchamos por las calles vacías, gritando consignas. De repente se produjo un ruido estremecedor. Era un tanque. La bestia metálica se desplazaba con sus orugas chirriantes contra el tránsito y, girando su torreta, nos apuntó... Éramos once locos, a las once de un día once de septiembre.

OMAR VILLEGAS ASTUDILLO, 69 años, Antofagasta.

Ayala

Rompió el arco quillotano por el año 1968. Es amado por muchos antofagastinos y odiado por los canarios. Es el paraguayo Juan «Pelayo» Ayala haciendo historia por Antofagasta.

JAVIER GARCÍA ECHAVARRÍA, 12 años, Antofagasta.

Don Pepe

Todos los días aparece con su cuaderno y su lápiz en los eventos culturales. Quién sabe cómo se entera, pero siempre llega. En estos años se ha dedicado a atesorar la oferta cultural de la ciudad en cada uno de sus detalles, como si fuera una misión encargada y bien remunerada. No tiene dinero pero tiene otra riqueza: duerme inmerso en el Archivo Regional Artístico de Antofagasta, donde bucea entre recortes, historias, fotos, textos y programaciones.

PÍA BASCUÑÁN GUTIÉRREZ, 33 años, Antofagasta.

La Portada

Un día habían olas con rocas grandes y cayó un rayo como con pegamento y se formó la Portada.

KEILY ARANCIBIA OYARCE, 11 años, Antofagasta.

La mitad de uno

Entendía todo cuando llegué a vivir a Antofagasta, hasta que escuché la palabra «pupo».

LESLIE AGUILAR QUIÑONES, 32 años, Antofagasta.

Recuerdos que se apagan

Salí con mi madre del Hospital Regional de Antofagasta. Estaba de alta; sin embargo, el diagnóstico no era alentador. En mi desesperación, quise vencer el destino que quería separarnos, así que, abordando un taxi, comenzamos a recorrer los lugares que visitábamos juntas cuando yo era niña. Mi viejita parecía acunarme con cada sonrisa. Comimos churros y palmeritas, recostadas en la arena del Balneario Municipal. Entramos y salimos riendo por los portales de la avenida Brasil. Mas la inexorable noche apagó nuestra felicidad. El Alzheimer la había arrebatado sin piedad de mis brazos.

TANIA SEPÚLVEDA INZUNZA, 48 años, Antofagasta.

José, el niño que tocó la Luna

Había una vez un niño llamado José, que vivía en Antofagasta. El gran sueño de José era tocar la Luna. Un día entró a estudiar al 1° B y estuvo cinco años. Un día José y sus amigos se reunieron para hacer un cohete espacial. Juntaron los planos y empezaron a construir un gran cohete. El día del lanzamiento todos tenían un traje espacial y José salió disparado con el cohete. Y así llegó a la Luna.

MATÍAS NÚÑEZ TOLEDO, 10 años, Antofagasta.

El Niki

Recuerdo que tenía ocho años cuando mi tío Jorge nos subió, al Niki y a mí, a su furgoneta. Al llegar a un sitio eriazo cerca del Hipódromo, me ordenaron abrir la puerta y bajar al Niki. Recuerdo su cara de desconcierto mientras nos alejábamos. Lloré todo el camino de regreso. Al día siguiente, cuando volví del colegio, me esperaba exhausto en la puerta de mi casa. Lo abracé feliz y corrí a contarle a mi abuela. Todos se resignaron. Después de eso, vivimos juntos diez años, compartiendo una que otra pulga y la mitad de mi plato.

ROSA SALAS NÚÑEZ, 38 años, Antofagasta.

Es hora del té

«¡Paleta! ¡Paa lee taa!», se escuchaba a lo lejos. Venía subiéndolo por calle Washington con su arsenal de sabores. Yo en mi casa corrí buscando a mi mamá. Me la encontré en la puerta, llegando con una bolsa; mis ojos brillaron pensando que me había comprado una. «Éstrate que vamos a tomar té, ya son las cinco».

PABLO LUCO ALCAYAGA, 27 años, Antofagasta.

Destinos separados

Bajamos de la facultad, al frente el sol corona la grúa, pese a ser un día gris para nosotros: de los cinco amigos, tres reprobamos. Vamos al Club Previa. En el camino el grupo va creciendo. Al lado mío aparece Amaya, hablamos sin parar hasta llegar al Previa. Nos sentamos, ordenamos tres promos; para sumar puntos, me hago oír: «¡Yo invito la chorrillana!». Amaya me mira extraño, se para y va al baño. Sigo sentado, Hellen se acerca para decirme: «Idiota, Amaya es vegana».

LUIS ZAMORA ARAYA, 29 años, Antofagasta.

Tatuajes

No tenía idea que el gigante del desierto se tatuó la mano.

MONSERRAT FIERRO GRASSI, 12 años, Antofagasta.

El lenguado

«Wilfredo, mira que venir tan lejos a sacar un pescado». «Andrés, son apenas 240 kilómetros ida y vuelta. Pesca habilidosa, la parada con el anzuelo grande y abierto. La carnada, un pejerrey recio para que en el agua parezca vivo. Al chispearlo, hay que clavar el pez con astucia y destreza para que no corte el sedal. Tienes que arrastrarlo uniformemente, impidiendo que se vuelva. Cuando queda chaptoteando en la arena lo agarras de las agallas. Si es grande, ahí está tu sapiencia ahora que te estás sirviendo una jugosa presa de lenguado frío. ¡Cuál lejanía, amigo Andrés!».

WILFREDO FIGUEROA ROJAS, 69 años, Antofagasta.

Cuento escrito en una actividad literaria realizada en el Centro de Cumplimiento Penitenciario de Antofagasta.

Calama

Extraño los tiempos con el pasar calameño cambiante, junto a mi abuelo y su fiel guitarra en mano, tras regresar de su extenso 4 x 3.

CATALINA ARISMENDI PÉREZ, 15 años, Antofagasta.

Las patas de gallo

Hoy reconocí el llamado muelle histórico. Lo había conocido hace diecinueve años en pleno esplendor, el suyo y el mío, en tiempos donde las decisiones no transformaban lapidariamente tu destino y cuando en el experimentado operador aún se podía imaginar el anclaje del salitre. Eran las 6 am. Después de muchas canciones agitadas, descansé caminando sobre las tablas crujientes que conducen al mar; pero fue mejor subir aquellos largos fierros, prender algo y ver el amanecer, mientras cerraba mis ojos al humo y al sol. Fui parte de la historia en el mejor lugar que conocí, las patas de gallo.

YASNA CEBALLOS ALARCÓN, 36 años, Antofagasta.

Matriarcado docente

MENCIÓN HONROSA

Podías reconocer rápidamente al grupo de profesoras, aquellas normalistas, cuando iban a cobrar su sueldo en el banco blanco frente a la Plaza Colón. Caminaban al ritmo, llevando el peso del colegio y las carteras llenas de deudas, esperando el pago para juntarse con su manada a tomar el té y atesorar el futuro de sus alumnos o quizás una cercana jubilación llena de nietos.

KAREN TAPIA AVALOS, 31 años, Antofagasta.



Ilustración de Claudio.



**ESCONDIDA / BHP
Y FUNDACIÓN PLAGIO PRESENTAN**

ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS

¡Participa en la nueva versión del concurso!
Del 27 de marzo al 14 de junio de 2019
en www.antofagastaen100palabras.cl

PRESENTAN

ESCONDIDA | BHP



MEDIA PARTNERS



COLABORA

